

EMILIO HÜBNER

LOS MÁS ANTIGUOS POETAS DE LA PENÍNSULA

Nadie duda que los poetas y escritores latinos nacidos en la Península y que florecieron en el primer siglo de nuestra era, no pueden considerarse como pertenecientes á la literatura española. Pomponio Mela, los dos Sénecas y Quintiliano los prosaístas, y los poetas Columela y Marcial el satírico, aunque hijos de España, como nacidos en las antiguas ciudades de *Tingentera*, *Corduba*, *Calagurris*, *Gades* y *Bilbilis*, por haber escrito en latín, no eran autores españoles, sino romanos, aunque figuran entre aquellos en los volúmenes abultados de los Padres Mohe-danos. El nacimiento casual nada significa: un autor inglés, nacido casualmente en Bombay ó en Calcutta, por eso no forma parte de la literatura india. Con todo eso, el suelo natal, en cierto grado, no debe necesariamente, pero puede ejercer una influencia, á veces ligera, á veces más sensible, sobre el modo de pensar y de hablar.

Desde la época del gran Pompeyo y de Julio César su adversario, en los centros de la civilización peninsular, como en Cartagena, Tarragona, Cádiz y Córdoba, por los ejércitos y por los funcionarios de la República romana, hubo de propagarse, con las demás costumbres de la vida, el gusto de la poesía. Discípulos de los griegos, y en roce continuo con ellos, no sólo en la Grecia y en las provincias del Oriente, sino en Roma misma y en todas las ciudades de las demás provincias, los romanos no dejaron pasar las ocasiones solemnes de la vida humana: días natales, bodas, la muerte, el culto de los dioses, sin darles la gala de la poesía, no de una poesía propiamente popular, sino debida á la corriente del entusiasmo causado por los modelos griegos—el mismo entusiasmo que había inspirado poetas como Livio y Nevio, como Ennio y Lucre-



zio, como Plauto y Terenzio, como Attio y Catullo.— Entre la gente que con los conquistadores dejó la patria y se quedó en la nueva provincia; entre los veteranos de los ejércitos que se hicieron labradores en los campos fértiles de la costa oriental y en los ricos valles del Ebro y del Betis; entre los mercaderes y los obreros que, sucesores de los fenicios y griegos, se establecieron en los grandes puertos del mar, no faltaban talentos más ó menos hábiles que, con el estudio de los poetas patrios arriba nombrados, y con la facilidad del habla desde muy antiguo propia á los habitantes de Italia, sobre todo de la meridional, sabían dar expresión á los sentimientos de alegría y de luto que les inspiraban las fiestas y las aflicciones de la vida humana.

Sobre todo el luto. Ornar las tumbas de sus amados, no sólo con la inscripción del nombre del difunto, sino con unos versos de tierna compasión y de recuerdo anheloso, de «saudade,» como dicen los portugueses, les fué casi una necesidad. En Roma esta costumbre nació de la imitación de los poetas griegos de la época de Alejandro el Grande y de sus sucesores, como los Ptolomeos en Egipto. El «epigrama» en general, como lo llamaron en el sentido estricto de la palabra, y especialmente el epigrama sepulcral, puesto sobre la piedra de la tumba, es una de las producciones más características de aquella época de la cultura romana. Los ejemplos más antiguos de tales epigramas que conocemos proceden de poetas célebres: Ennio, Pacuvio y otros. Algunos entre ellos se sirven aún del metro antiguo indígena: el verso saturnio. Después usaron el metro del diálogo dramático de la tragedia y de la comedia, los senarios iámbicos y los septenarios trocáicos. Mas en el progreso del tiempo la multitud dominante prefería el metro dactílico, los hexámetros, y, sobre todo, el elégico, los dísticos dactílicos, compuestos de hexámetros y pentámetros. En breve tiempo, desde la época de los Escipiones y de los Gracos en adelante, se divulgó tanto la costumbre de tales elogios poéticos en memoria

de los difuntos, que debió haber habido colecciones de muestras, de entre las cuales cada uno pudiera elegir los preámbulos y las frases más necesarias, sólo cambiando los nombres y añadiendo circunstancias particulares, años de la vida del difunto, causa singular de la muerte, etc. Así, el ingenio del poeta, ó más bien de la persona con gustos poéticos, tenía todavía algún espacio para hacer lucir sus talentos. Estos poetas de ocasión son los más antiguos poetas líricos locales, cuyas composiciones nos han conservado las piedras en que fueron grabadas.

Entre las seis á siete mil inscripciones latinas de la Península que reúne mi colección de las inscripciones de la época pagana, con sus dos suplementos, se cuentan unas setenta poéticas, ó sea un siete por ciento del total. Verdad es que muchas entre ellas apenas merecen el nombre de poesías: no son más que centones compuestos de frases y fórmulas corrientes. Pero entre las más antiguas, hay algunas que sobresalen sensiblemente entre la vil muchedumbre. Su arte superior ya se descubre en una particularidad significativa: mientras las comunes y malas dan los nombres de los difuntos en prosa, sin combinarlos con el metro del epigrama, las buenas, que asimismo son las más antiguas, aciertan, no sin artificios graciosos, á dar á los nombres su puesto dentro de los versos.

Estas poesías epigráficas, muchas de ellas mal conservadas en las piedras y llenas de huecos; otras ya no existentes y copiadas por personas menos curiosas é indoctas, las he corregido y suplido con la ayuda de algunos amigos, conocedores particulares de esta clase de composiciones poéticas. Ultimamente un sabio colega mío ha reunido una colección completa de todas las poesías de esta clase, en número de mil ochocientas sesenta, encontradas en los monumentos epigráficos de Roma, de Italia y de las provincias del vasto imperio (1), publicados en varias

(1) *Carmina Latina epigraphica, conlegit Franciscus Bucheler, dos volúmenes: Lipsia, 1895 y 1897, 8.º*



partes de los veinte volúmenes en folio de nuestro *Corpus inscriptionum Latinarum*. No me detengo aquí á detallar las dificultades críticas respecto al texto de los ejemplos que voy á proponer: doy su texto corregido y suplido según las últimas tentativas. Las enumero según su edad aproximada, comenzando con los más antiguos, y añadiendo unas pocas anotaciones para su mejor inteligencia.

En Cartagena, la antigua capital de las provincias ibéricas, fueron hallados los ejemplos más antiguos y más bellos de la poesía sepulcral. Parece como que la progenie de las valientes huestes, conducidas por los Escipiones, ha conservado por más de siglo y medio fuerza y talento para las obras de guerra y paz. Al principio del primer siglo antes de Cristo, época de Sila y de César, pertenecen los epígrafes poéticos que siguen.

I. Existe en Pinilla, cerca de Cartagena, pero no la he visto; el texto depende de las copias de Vargas Ponce y de algunos amigos de Aureliano Fernández-Guerra (*Corpus*, núm. 3.479, y Suplemento núm. 5.928; Buecheler, núm. 979). Parece que el difunto se llamó Quinto Lusio Senica.

*Mollem robusteis nondum formata iuventus  
ætatem Lusi viribus induerat,  
cum caræ exoptans complexum sæpe sororis,  
multa viæ dum volt millia conficere,  
cæditur infesto concursu forte latronum:  
sic rapit hoc clades corpus acerba nimis.  
Illa ætas credo hoc tribuit pro tempore mortis,  
ut bona non meminit, seic mala ne timeat.*

Muy joven aún, pero ya fuerte, tal vez como soldado, en guarnición ó en campaña lejos de la ciudad, Lusio quiso volver á ella para ver y abrazar á su hermana. Pero en el camino le acometieron ladrones, y pereció. La hermana, creo, le puso el epitafio que, en cuatro dísticos no indignos de la época de Catullo, y en la ortografía de la misma, cuenta el hecho singular que causó su muerte,

y excusa la temeridad juvenil, que, como no se acuerda del bien, así no teme el mal. El último dístico no está completo en el original, y puede suplirse de varios modos; los suplementos por mí propuestos no son ciertos. La singularidad del hecho excluye fórmulas y frases comunes: el poeta habla sin referirse al sepulcro.

II. Existía en Cartagena: mandaron el texto á Gregorio Mayans, quien lo comunicó con Pedro Burmann (*Ephemeris epigr.* VIII, núm. 194; Buecheler, número 1.076). Es el sepulcro de dos Sicinias, madre é hija: los Sicinios eran una familia plebeya antigua.

*Filia cum matre est, hospes, sei forte requiris,  
heic sita, quas rapuit mortis acerba dies.  
Sed prius eripuit matri qui in omnia pollet  
crudelis casus filiolum e manibus.  
Pæne immatura morte ereptam sibi gnatam  
heu quantum mater fleverit indicios,  
nam postquam fletu et monumento hoc condecoravit  
gnatam, per luctus reddidit ipsa animam.*

El poeta habla al huésped que pasa, usando la fórmula común *hic sita est*. Pero aquí también el hecho singular no permite más que un uso discreto de frases, como *mortis acerba dies* y *monumento hoc condecoravit*. Los dos primeros dísticos se refieren á la hija; los dos últimos á la madre. El acaso cruel, á cuyo poder todos están sometidos, había robado antes la hijuela de entre las manos de la madre. Cuánto ésta lloró la pérdida prematura, lo prueba que, después de haberle erigido este monumento con llanto y lágrimas, por el luto excesivo ella también dió su alma. Estas circunstancias no comunes son descritas por el poeta no sin vigor de lenguaje y con mucha ingenuidad.

III. Existe en Cartagena; epitafio del joven Licinio Torax, con letras pequeñas, pero elegantes, de la edad de César ó de Augusto (*Corpus*, núm. 3.475; Buecheler, número 980).



*Hospes consiste et Thoracis perlege nomen;  
immatura iacent ossa relata mea.*

*Sæva parentibus eripuit Fortuna meis me  
nec iuvenem passast ulteriora frui.*

*Nil simile aspicias; timeant ventura parentes,  
nec nimium matres concupiant parere.*

Nada era más común en los epitafios griegos y romanos, como las tumbas solían estar al lado de las grandes carreteras públicas, que dirigirse el difunto ó sepultado, á veces el sepulcro mismo ó la piedra sepulcral, al caminante que pasa—como ya en el epígrafe núm. II—, suplicándole que se pare un momento breve para leer el epigrama y simpatizar con el difunto y sus parientes. Los tres dísticos del sepulcro de Torax muestran un progreso del arte en comparación con los dos poemas anteriores; pero al mismo tiempo usan más fórmulas y frases convencionales. Cada dístico contiene un pensamiento concluído. El de los dos primeros sólo en la forma tiene algo de original. El sentido del último es raro: «No veas cosa semejante en tu vida, teman el porvenir todos los padres, no deseen demasiado las madres parir.» Parece tomado de algún poeta trágico.

IV. Existe en Cartagena; un tal Marco Maestrio Lucrion, tal vez un negociante, lo puso á un esclavo nacido en su casa, de veintiún años, y á la familia del mismo (*Corpus*, núm. 3.501; Buecheler, núm. 1.070), como lo indica el texto que sigue á este dístico.

*Filiolam amisit pater, heu, materque sequast  
ipsa; huius nomen Salviolæ fuerat.*

Este solo dístico, que relata una suerte semejante á la del poema núm. II, se distingue por su elegantísima brevedad. Calla el nombre del siervo con la severidad antigua romana, para la cual el siervo es objeto, no persona; mas cediendo á un rasgo de ternura, cuya causa ignora-

mos, añade el de la joven madre, que se decía Salvia, nombrándola con el diminutivo halagüeño *Salviolæ*. Puede ser que sea más antiguo que el que precede.

V. A un joven de linaje generoso pertenece el último epitafio poético de Cartagena que se ha conservado. Es un Lucio Sulpicio, hijo de un Quinto y nieto de un Quinto Sulpicio de la tribu *Collina* (*Corpus*, núm. 3.504; Buecheler, núm. 363). Los Sulpicios son una antigua familia patricia. Nada se dice de su edad ni del puesto que en su vida ocupaba, de donde se deduce que murió muy joven. Pero no dejaron los sobrevivientes de añadir á sus nombres un dístico laudatorio, cuyo primer verso, por descuido, quedó incompleto. Añado dos palabras, que tal vez fueran las que antiguamente se quisieron poner.

*Hic situs est [iuvenis fortissimus] ille probatus  
iudiciis multeis cognatis atque propinqueis.*

Toda la familia lo juzgó repetidas veces digno de alabanzas.

Cartagena no es la única ciudad antigua de la Península que ofrece poemas sepulcrales, aunque la más rica en ellos.

VI. En Sagunto existe, en una casa particular, no en el Museo—que es el teatro antiguo—, el siguiente epitafio de un joven soldado, que se llamó Marco Acilio Fontano (*Corpus*, núm. 3.871; Buecheler, núm. 978):

*Eripuit nobis unde vicensumus annus  
ingressum iuvenem militiam cupide.  
Parcæ falluntur Fontanum quæ rapuerunt,  
cum sit perpetuo fama futuræ viri.*

Con mucha gracia dice el primer dístico que el joven Fontano murió á los diez y nueve años, cuando apenas había entrado en el servicio militar—creo en el contubernio ó la cohorte de uno de los oficiales mayores—, lleno de am-



bición. Pero se engañan las Parcas que se lo llevaron: su gloria no perecerá nunca. Y en eso parece efectivamente que no se engañaron los que le pusieron el epigrama, pues su nombre hasta hoy vive. No hay fórmulas y frases divulgadas; es una composición poética *ad hoc*.

En Zaragoza, cuya época más antigua todavía es tan desconocida, que sólo ahora empieza á recibir algo mayor claridad histórica (1), se encontró, pero ya no existe, un epigrama sepulcral—creo que de la época de Augusto—, que muestra una nueva forma de composición. Pues es un diálogo entre la mujer sobreviviente y el difunto marido. Los nombres de ambos han perecido (*Corpus*, número 3.001; Buecheler, núm. 1.139).

*Servavi thalamum Genio, dulcissime coniux:  
servandus nunc est pro thalamo tumulus.*

*Ornasti et Manes lacrimis, miserabilis uxor:  
haud optare alias fas erat inferias.*

Los dos dísticos, con arte consumado, oponen entre sí el Genio de la que vive y los Manes del que murió. La mujer dice que habiendo guardado al Genio de su dulce cónyuge durante la vida el tálamo nupcial, ya no le queda otro oficio que el de guardar su tumba. Y el marido responde á la mujer compasiva, que además ella había honrado á los dioses Manes con su llanto, y que no esperaba otras exequias de ella. Es un juego de ideas y palabras que hace la impresión de invención original.

En la entonces opulentísima ciudad de Cádiz abundan los epitafios sencillos, planchitas pequeñas de mármol blanco, con sólo los nombres de los difuntos y dos ó tres

(1) El Marqués de Monsalud, joven y entusiasta indagador de las antigüedades romanas en su país natal de Extremadura y de la alta Andalucía, y en el de algunas de sus posesiones de Aragón, acaba de publicar unos nuevos monumentos epigráficos de Zaragoza en el *Boletín de la Real Academia de la Historia*, volumen XXXII, 1898, pág. 402.

fórmulas muy comunes, como «caro á los suyos,» «piadoso con los suyos,» y el frecuentísimo «séate la tierra ligera.» Las excepciones de esta costumbre son raras.

VII. En el 1887 se encontró en la Necrópolis de la Punta de la Vaca, y existe en el Museo, el siguiente epigrama, escrito sobre losa de mármol pequeña, con letras de fines del primer siglo (*Corpus*, núm. 5.478; Buecheler, núm. 1.158):

*Contegit hic tumulus duo pignora cara parentum,  
indicat et titulus nomine quo fuerint.*

*Sors prior in puero cecidit; sed flebile fatum  
(tristior ecce dies!) renovat mala volnera, sana  
et modo quæ fuerat filia nunc cinis est.*

El título, distinto del epigrama, contiene los nombres de los niños *Festiva*, la alegre, de once años, y *Sodalis*, su compañero, de un año, y del padre, *Rogatus*, tal vez esclavo. El epigrama es irregular: contiene dos dísticos y un hexámetro además, pero sin frases vulgares. La muerte consecutiva de las dos prendas queridas ha inspirado al poeta, aunque de condición humilde, pensamientos tiernos y palabras escogidas. Al niño tocóle la suerte antes; pero el hado lastimoso, en un día aún más triste, renovó las malas llagas y se llevó también la hija, hasta entonces sana.

No sólo en los grandes centros, sino también en poblaciones más modestas, la poesía sepulcral ha penetrado ya durante el primer siglo, con la prosperidad creciente, sobre todo en la provincia Bética.

VIII. En Martos, la antigua *Tucci*, existió íntegro, pero ya está algo mutilado (el Museo Arqueológico Nacional de Madrid conserva un yeso de la parte superior), el epigrama siguiente de una *Cæsia Celsa*, que murió de sesenta y cinco años (*Corpus*, núm. 1.699; Buecheler, número 1.123):



*Quod voto petiere suis plerumque parentes,  
cuncta tibi dignæ, Cæsia, contigerunt:  
lanifici præclara fides pietatis alumna,  
priscæ præcipue fama pudicitia.  
Te rogo, præteriens dicas: sit tibi terra levis.*

Es, evidentemente, del siglo I. La mayor alabanza que tuvieron las antiguas matronas romanas, las mujeres de los Cincinatos y Serranos, era la de haber sido «castas, lanificas, domisedas.» La confianza, nunca vacilante en sus labores domésticas, se dice *pietatis alumna*, como procedente de sus sentidos piadosos. Así Eneas, por Ovidio, viene llamado *notæ pietatis alumnus* (*Metam.* XIV, 443). Un pentámetro hipémetro, de seis pies, compuesto de las fórmulas de costumbre, termina los dos dísticos.

**IX.** En Osuna—*Urso*—los epigrafistas del siglo XVI copiaron el siguiente epigrama de un liberto, de nombre Fausto, de veintiún años (*Corpus*, núm. 1.413; Buecheler, núm. 1.069):

*Immatura tui properantur tempora fati  
primaque præcipiti limine vita ruit.  
Viginti tecum nam fers non amplius annos,  
sed decuit talem longior hora virum.*

El primer dístico es de invención original y de expresión algo audaz: *tempora immatura fati* y la *prima vita*, que cae *præcipite limine*—en vez de *præceps ruit primo limine*—, tal vez tomado de un modelo más antiguo. El otro dístico viene repetido en otro epigrama fragmentado de Osuna (*Corpus*, núm. 1.414, *septuaginta tecum transfers, non amplius annos, debueras tamen habuisse mille*). Los creo ambos del siglo I.

**X.** En Ecija—*Astigi*—existía el siguiente, de un Lucio Petronio Primo (*Corpus*, núm. 1.504; Buecheler, número 1.138):

*Uxor cara viro monumentum fecit amanti:  
optaram in manibus coniugis occidere.  
Quem quia fata nimis rapuerunt tempore iniquo,  
ossibus opto tuis sit pia terra levis.*

El sentido enunciado en estos dos dísticos no tiene nada de particular; sin embargo, el giro de la frase es elegante y la forma del lenguaje poético inmejorable. El que los inventó conocía perfectamente los mejores modelos.

El luto que inspira la pérdida de padres é hijos y de esposos es el más común, y la mayor parte de los poemas hasta aquí reproducidos se reducen á tratar de estos asuntos. Más raro es el loor de la amistad.

**XI.** En la antigua *Salpensa*, célebre por su ley municipal, encontrada junto con la de Málaga, y que estuvo situada no lejos de la moderna Utrera, se halló un epigrama, que tenía en su casa el poeta Rodrigo Caro; después pereció (*Corpus*, núm. 1.293; Buecheler, núm. 1.103). Lo creo de fines del primer siglo ó de principios del segundo; es de un siervo del nombre claro de Pílates; su amo era Annio Novato el padre. Dice así, en tres dísticos:

*Subductum primæ Pyladen hæc ara iuventæ  
indicat, exemplum non leve amicitia.  
Namque sodalicii sacravit turba futurum  
nominis indicium nec minus officii.  
Dicite qui legitis solito de more sepulto:  
pro meritis, Pylades, sit tibi terra levis.*

Pílates, muerto joven, era de amistad ejemplar hacia sus sodales, tal vez de una cofradía devota; llevaba, pues, de derecho el nombre típico del ideal de la amistad: la amistad entre Orestes y Pílates. Por eso sus compañeros y amigos le pusieron el epitafio, para que su nombre fuese señal imperecedera del piadoso afecto. Los dos dísticos primeros expresan este pensamiento con originalidad y elegancia.

Terminar el pentámetro con una palabra de cinco síla-



bas, es un artificio de Catullo (96,4 *flemus amicitias*; 100,6 *unica amicitia*) y Propertio (I, 2,24 *forma pudicitia*; I, 15,22 *fama pudicitiae*). El último dístico acierta á variar con mucha gracia las fórmulas vulgares.

En Marchena se encontró otro epigrama, que también obraba en manos de Rodrigo Caro, á quien se lo regaló el entonces Duque de Arcos (*Corpus*, núm. 1.399; Buecheler, núm. 1.140), y que ya no existe. Los seis dísticos, en que Firma, la mujer de un Epafrodito, ambos de condición libertos, celebra su amor conyugal y las virtudes de su marido, no carece de méritos. Pero no lo transcribo, pues le falta originalidad y gracia.

Por lo mismo, dejo aparte uno más largo aún, que existe en Vilches, la antigua *Bæsucci* (*Corpus*, núm. 3.256; Buecheler, núm. 1.196). Son siete dísticos; pero de la mayor parte de los versos no existe sino la mitad, pues la parte derecha de la piedra y algo de la izquierda perecieron. Celebran las virtudes de un Cassio Crescente, muerto joven, y juegan con el nombre de *Crescens*, al cual, sin embargo, no era concedido de crecer. Los versos no carecen de cierta gracia ni consisten sólo en frases de costumbre; pero no son de un mérito sobresaliente. Los creo de fines del siglo primero.

Personas de cultura griega casi todas, alguna también de nacionalidad, fueron los autores de estas poesías. A veces muestran su habilidad poética en ambas lenguas.

**XII.** De Mérida proviene, y en Plasencia existe, el siguiente poema bilingüe (*Corpus*, núm. 562; Buecheler, núm. 1.197), que por el carácter de sus letras lo he atribuído al siglo segundo. Preceden dos dísticos griegos:

Μήτηρ μοι Γαιῆνα, παρ' ἠρίον ὅστις ὀδεύεις,  
ἤγειρε στήλην σὺν πατρὶ Ἐωσθένεϊ,  
πολλ' ὀλοφυράμενοι μικρῶ ἔπι· ἦν γὰρ ἐμοὶ μείς  
ἕβδομος οὐ πλήρης, οὖνομ' Ἰουλιανός.

Sigue un dístico latino solo:

*Nomine Iulianus, menses excedere septem  
haut licitum; multum flevit uterque parens.*

Sólo el epigrama griego nos da los nombres de los padres, Sóstenes y Gaiena, griego el uno, el otro romano. El niño difunto dice al caminante que sus padres le erigieron la piedra del sepulcro, con mucho llanto sobre su poca edad, pues no había aún cumplido el séptimo mes de su vida, y su nombre fué Iuliano. Con admirable brevedad condensa el dístico latino el mismo sentido, pero sin nombrar los padres.

**XIII.** A época algo más reciente, creo al siglo II ó III, pertenece un fragmento de epitafio encontrado en Tarragona, que ya no existe (*Corpus*, núm. 4.426; Buecheler, núm. 1.489). No es completo, ni se conocen los nombres del difunto á que pertenecía.

*Aspice quam subito marcet quod floruit ante,  
aspice quam subito quod stetit ante cadit.  
Nascentes morimur finisque ab origine pendet,  
[illa eadem vitam quæ inchoat hora rapit].*

Los dos dísticos solos que se han conservado contienen reflexiones sobre la brevedad de la vida humana, que aunque no son originales, se distinguen por su lenguaje agudo y nada común. El verso tercero está tomado literalmente del poema astrológico del poeta Manilio, de la época de Augusto (IV, 16), y se encuentra también en otras poesías de esta clase; el último lo añadió Ambrosio de Morales para llenar el vacío, en el cual pueden haber perecido otros versos más.

Todas estas poesías, con excepción de las de soldados, no se ocupan de la profesión especial de los difuntos; muchos de ellos, muertos jóvenes, no tenían ninguna. La de Vilches, de que hice mención arriba sin transcribirla, habla de la noble virtud del ingenio del difunto y de la vir-



tud de su loquela, aludiendo tal vez á sus estudios retóricos. Contrasta favorablemente con la verbosidad de este poema la brevedad severa de un antiguo epitafio de Cartagena, de un Marco Oppio (*Corpus*, núm. 3.493; Buecheler, núm. 224), que en ritmo iámbico, después del nombre del difunto, dice:

*Foresis ars hic est sita,  
flet titulus se relictum.*

«Aquí yace el arte forense,» esto es, la facundia de un jurisconsulto; «el título sepulcral llora de quedarse abandonado.»

El progreso de la cultura intelectual, en la época de los emperadores Trajano y Adriano, que podía alabarse del más alto grado de riqueza, de civilización y de bienestar general, también en España ha producido poetas y rétores, como aquel Annio Floro, que escribió en Tarragona su tratado sobre si Virgilio era más bien orador que poeta, cuyo principio sólo se ha conservado. Tal vez un contemporáneo suyo era el poeta insigne de un epitafio encontrado hace unos diez y ocho años en Argavieso de Aragón, entre Osca y Pertusa.

**XIV.** Lo he publicado en el *Boletín de la Academia de la Historia* (vol. VIII, 1886, págs. 311 y siguientes). A pesar de que el principio del poema y la mitad anterior de los tres dísticos conservados ya no existen, lo repito aquí, con los suplementos de Buecheler, porque no debe faltar en esta antología ejemplo tan egregio de la poesía de los primeros siglos de nuestra Era (*Corpus*, núm. 5.839; Buecheler, núm. 1.113).

*Qui Tiberina colunt et qui sep]tem ostia Nili,  
fulsit et in Grais ars tu]a clara viris,  
dum cithara loqueris septe]m discrimina vocum  
et dulces hilaris d]as fidibus numeros.  
At nunc funereo tu]a consona pectine Sexto  
fraternos planctus in]cinit icta chelys.*

El autor de estos versos suscribe su nombre: *L. Aemilii Paul]ini Materni*. Creo que era pariente de los Emilios Fraternos, Maternos y Paternos de Isona (*Corpus*, números 4.458, 4.460, 4.462), y tal vez idéntico con el amigo de Marzial Materno (X, 37, 1, 11). Celebra los talentos de su difunto hermano Sexto, á cuyo cognombre Fraterno tal vez alude el último verso. Pues le admiraron los habitantes de Roma y los de Alejandría, donde el Nilo abre sus siete bocas, como otro Orfeo, que, según Virgilio, cantó al son de la cítara *numeris septem discrimina vocum* (*Eneida*, VI, 645).

Rara es la mención de otras condiciones ó circunstancias particulares de la vida en los epigramas poéticos. En las montañas y selvas del alto Guadalquivir, cerca de Córdoba, y más río arriba, la caza debió haber sido muy lucrativa en los primeros siglos de nuestra Era. Un epigrama cordubense (*Corpus*, núm. 2.314; Buecheler, número 413), y uno de Peñafior (*Corpus*, núm. 2.335; Buecheler, núm. 412), celebran dos cazadores famosos, que murieron jóvenes. El uno era claro por sus caminatas extensas sobre montañas y valles y por el arte de poner fosas para coger fieras; el otro era también pescador y pajarero. Pero los versos, á fuerza de estar muy mutilados, no tienen gran mérito ni merecen figurar en estas páginas.

Hasta un panadero de origen griego, como lo indican sus nombres de Marco Acilio Erote, en Gandía, obtuvo el honor de un breve elogio poético, compuesto de fórmulas usadas (*Corpus*, núm. 5.975; Buecheler, núm. 1.457: la piedra ahora se conserva en el Museo Arqueológico Nacional de Madrid). En Roma también los panaderos desde antiguo eran de extracción griega, como ahora en el Norte de Europa los confiteros suelen ser italianos ó de la Suiza italiana.

Conocido es cuán divulgada era en el mundo antiguo romano la afición á las carreras del circo, así en la Ciudad Eterna misma como en todos los centros de la vida provincial. En un lugar tan poco importante como lo era la



antigua *Valeria*, cuyo nombre se mantuvo en el de la moderna Valera de Arriba, entre Cuenca y Albacete, uno de los cocheros del circo fué honrado con un epitafio poético en dos hexámetros, de fines del siglo I (*Corpus*, núm. 3.181; Buecheler, núm. 123). En Tarragona, en Barcelona, en Itálica, los grandes mosaicos con representaciones de los juegos circenses atestiguan cuánto estaban en boga. Y en Tarragona también fueron encontrados dos epitafios poéticos de cocheros del circo (*Corpus*, núms. 4.314 y 4.315; Buecheler, núms. 1.279 y 500), ambos bastante luengos, de seis y siete dísticos, y de la segunda mitad del siglo segundo ambos. El uno, el de Fusco, de la facción de los Vénetos, ó de color azul, tiene al fin un senario iámbico griego, que dice: «de tus corridas hablará la eternidad,» y muestra imitación de Virgilio. El otro, de Eútices, siervo de Flavio Rufino y Sempronia Diofanis, se queja que al joven *auriga*, que se distinguió lo mismo en los carros de á dos como en los de á cuatro caballos, no le era concedida la gloria de morir en el circo, más que una enfermedad de los intestinos se lo llevó á los veintidós años. Termina con una invención feliz, y acaso original, amonestando al caminante que pasa para que esparza flores sobre su tumba, como tal vez le había aplaudido cuando vivo.

Todas las poesías hasta aquí mencionadas están escritas en el metro dactílico, en hexámetros y pentámetros. Raras veces los poetas de esta clase se sirvieron de otras formas métricas. Pero no faltan en la colección de los *carmina epigraphica*, indicada arriba, senarios iámbicos y septenarios trocáicos, y hasta coliambos, gliconeos y endecasílabos. España cuenta tres ejemplos de septenarios trocáicos y uno solo de endecasílabos.

**XV.** Uno de los escritos en septenarios es el epitafio de un muchacho de doce años, de nombre *Primitivus*, siervo de una Sempronia Paterna, encontrado en la antigua *Clunia*: parece que existe todavía en Peñalva de Castro (*Corpus*, núm. 6.338 n.; Buecheler, núm. 238). Está

mal copiado, y los suplementos no son del todo ciertos. Habla el mozuelo mismo, y se alaba de sus sucesos como cazador.

*Sive apros feroces fudi, ut gratus venanti seni,  
sú cervos fugaces cepi, ut eram delicio domus.  
Mihi Paterna rúra lustrans instauravit mémoriam,  
quæ mihi post honóres reddat cóninens veri fidem.*

«Cuando maté los fieros jabalíes, ¡qué placer para el viejo cazador!—su amo, creo—. Cuando cogí los ciervos fugaces, ¡qué alegría para toda la casa! La patrona restauró el recuerdo cuando pasó por los campos, y así de mi gloria permanece un testimonio veraz». El que compuso estos versos tenía talento y gusto: los creo del siglo II.

**XVI.** El otro ejemplo, de la misma forma métrica, es de Tarragona y del siglo III. Estaba en el sepulcro de un militar de alto rango, un tal Lucio Alfidio Urbano, tribuno militar de la legión séptima, bajo el Emperador Antonino Caracalla, y le fué puesta la memoria por mandado testamentario, según el albedrío de su suegro, Cornelio Rustico (*Corpus*, núm. 4.137; Buecheler, número 245). Los versos dicen:

*Vive laetus quisque vivis, vita parvom minus est:  
móx exorta est, sensim vigescit, deinde sensim déficit.*

Divisas de sentido similar, que exhortan al goce de la vida, ya que es tan breve, no son raros en la poesía sepulcral; pero ésta es tan original en la frase como en la forma métrica, que no la estimo inventada para este epitafio.

**XVII.** Un tercer ejemplo en septenarios trocáicos existía, pero ya no existe, en Tarragona (*Corpus*, número 4.350; Buecheler, núm. 235). Es de un literato del nombre griego de Clearco, que, según los restos de su



epitafio, sufrió casos extraños, robo por piratas, etc. Pero no se han leído enteros más que los dos primeros versos del poema:

*Hic Clearchus, qui dum vixit Græco magno nomine  
nūcupatus, factis meruit nomen hoc et litteris.*

Siguen dos versos mutilados, de quienes se refiere lo que está dicho; seguían tal vez aún más. También este poema tiene sabor de originalidad y talento, que no es extraño, como se trata de un letrado que mereció su nombre por sus hechos y por sus letras, esto es, sus escritos. Era tal vez un profesor de retórica.

**XVIII.** El único ejemplo peninsular de endecasílabos, el metro predilecto de Catullo y de sus contemporáneos, se encontró en la colonia lusitana *Pax Iulia*, la moderna Beja de Portugal (*Corpus*, números 59 y 5.186; Buecheler, núm. 1.553), y dice:

*Quisquis præteriens sitam viator,  
postquam termine legeris peremptam  
me ætatis vicesimo, dolebis,  
etsi sensus erit meæ quietis,  
quæ lasso tibi dulcius precabor:  
vivas pluribus et diu senescas;  
qua mi non licuit fruare vita.  
Si te flere iuvat, quidni ingemiscis?  
Nise annorum XXV.  
<sup>10</sup> Inachus hæc materque Io faciebant.  
I, potius propera, num qui legis, ipse legeris.*

Después de la alocución acostumbrada al caminante y la noticia que la sepultada, de nombre Nise, murió joven, á los veinte años más ó menos, ella misma continúa diciendo: «Sentirás el descanso de que gozo; pero ¿qué cosa más dulce puedo desearte, cuando estás cansado, sino que vivas más años que yo, hasta llegar á la senectud, y que disfrutes de la vida que á mí no fué concedida? Si quieres llorar, ¿por qué no gimes?» Sigue el nombre de la difunta,

en prosa, y en un endecasílabo más los de los padres que le hicieron el sepulcro, cuyos nombres Ínaco é Io son también griegos, y al final un hexámetro malo que dice al caminante: «Anda, ó más bien date prisa, porque tú que lees, pronto serás leído,» esto es, en tu epitafio. El lenguaje del poema es algo afectado; pero hay recuerdos de poetas célebres, como Horacio (Epístolas, I, 4, 8, *quid voveat dulci nutricula maius alumno*) y Persio (5, 151, *nostrumst quod vivis, cinis et manes et fabula fias, vive memor leti*), y su originalidad consiste sólo en el juntar acertadamente pensamientos nada nuevos.

Aumento grande á esta selección de ejemplos de la poesía sepulcral latina, cual floreció en los siglos primeros de nuestra Era en España, ofrecen los epitafios cristianos desde el cuarto y quinto siglo en adelante. Pero éstos no se pueden citar convenientemente antes de estar publicado el Suplemento á mi antigua colección de las *Inscriptiones Hispaniæ christianæ*, el cual ya está en prensa.

Pero la poesía no sólo tuvo ocasión de presentarse en las tumbas, aunque en ellas lo hizo con predilección. Hubo de vez en cuando un templo que dedicar, cuya erección merecía conmemorarse; un voto que ofrecer, el cual, por su particularidad, debía eternizarse. Dos ejemplos solos de esta clase de poesías nos ha conservado el acaso; pero ambos tienen un carácter singular y hasta local. El metro del uno es el predilecto de los dísticos dactílicos; el otro ofrece una variedad de metros.

**XIX.** En el grandioso y célebre puente sobre el Tajo, que á la moderna Alcántara de los árabes dió fama y nombre, existe, al lado de su entrada, un templo romano de escasas dimensiones. En el arco en medio del puente, ambos restituídos á su antiguo esplendor hace unos cuarenta años, está la grande inscripción en caracteres monumentales, puesta en dos ejemplares en ambos lados del arquitrabe, que indica que en el año de 105 de nuestra Era once pueblos de la Lusitania dedicaron á Trajano, el



Emperador reinante, esta obra magnífica, hecha á sus costas. El templo, muy sencillo, lo puso á la divinidad del mismo Emperador y de sus antecesores divinizados el arquitecto de la obra, añadiendo un poema en seis dísticos que ya no existe. Lo vieron y copiaron en los siglos xv y xvi algunos sabios viajeros italianos, uno, sobre todo, cuyo nombre ignoramos: lo he apellidado el Anónimo Taurinense, pues en un manuscrito de la Real Biblioteca de Turín se conserva su copia, que es mejor que todas las demás, incluso la de un ciudadano de Alcántara, alias no conocido, de nombre Hernando Pedrosa (*Corpus*, número 761, con los *Addenda*, pág. xl; Buecheler, núm. 878). El texto y la interpretación ofrecen alguna que otra dificultad; todo bien considerado, y siguiendo la autoridad del Taurinense, los seis dísticos, distribuídos en tres partes de á dos, son éstos:

<sup>a</sup> *Templum in rupe Tagi superis et Cæsare plenum,  
ars ubi materia vincitur ipsa sua,  
quis quali dederit voto, fortasse requiret  
cura viatorum, quos nova fama iuvat.*

<sup>b</sup> *Pontem perpetui mansurum in sæcula mundi  
fecit divina nobilis arte Lacer,  
idem Romuleis templum cum Cæsare divis  
constituit: felix utraque causa sacri.*

<sup>c</sup> *Ingentem vasta pontem qui mole peregit,  
sacra litaturo fecit honore Lacer:  
qui pontem fecit simul et nova templa dicavit,  
illic se solvit dis nisi vota litant.*

Los dos primeros dísticos, en un giro de frases algo afectado, con imitación de Ovidio (*Metamorph.* II, 5, *materiam superabat opus*), y con bastante verbosidad, prometen satisfacer la curiosidad de los que pregunten cuál ha sido el que hizo el templo. Los dos dísticos que siguen contestan á la pregunta: fué Lacer el que con su arte divino hizo el puente, nunca precedero, y él mismo hizo

también el templo del César y de los divinos Augustos. Los dos últimos dísticos oponen, con sutileza, el puente consagrado al honor divino y el templo destinado á cumplir un voto, y por eso ambas obras deben «litar», esto es, ser gratas á los dioses.

En la suscripción á estos dísticos el arquitecto se dice con sus tres nombres, Cayo Julio Lacer, añadiendo que erigió el templo á su propia costa y con la ayuda de su amigo Curio Lacón, natural de la vecina Idaña, el cual tal vez fué el poeta que compuso los dísticos. No son éstos de un mérito sobresaliente; pero respiran el cultismo, como tal vez podemos llamarlo, de los poetas de la época de Trajano y de Adriano, como Juvenal y Floro.

De índole muy diferente es el último poema, algo extenso, que tengo que memorar.

**XX.** Uno de los generales del emperador Adriano, comandante de la legión séptima en León, que lleva de ella su nombre, muy aficionado, según parece, á la caza, hizo cercar un amplio distrito para este uso y lo dedicó á los dioses, erigiendo en él un templo á Diana, la diosa de la caza. Los cuatro lados del altar grande, que estaba delante de este templo, traen en el del frente la dedicación en prosa, con los nombres del dedicante, Quinto Tullio Máximo, natural de Africa, y en los otros tres lados tres poemas breves en varios metros. El ara forma una de las joyas del Museo epigráfico de San Marcos, junto á León (*Corpus*, núm. 2.660; Buecheler, núm. 1.526). Dice el primer poema, en siete hexámetros:

<sup>a</sup> *Aequora conclusit campi divisque dicavit  
et templum statuit tibi, Delia virgo tri formis,  
Tullius e Libya, rector legionis Hiberæ,  
ut quiret volucris capreas, ut figere cervos,  
sætigeros ut apros, ut equorum silvicolentum  
progeniem, ut cursu certare, ut disice ferri,  
et pedes arma gerens et equo iaculator Hiberno.*



Este poema, el más luengo de todos, refiere en lenguaje escogido y en versos de suma elegancia el fin de la dedicación del distrito de caza y del templo de Diana, y enumera las fieras que allí se cazaban: cabras montesas, ciervos, jabalíes y los potros de los caballos fieros, esto es, de los *asturcones*, como los llamaban los romanos, famosos en las carreras del circo, y lo mismo los métodos de cazar á pie y á caballo, corriendo detrás y cogiéndoles, ó con armas, cuchillos de hierro—que eso parece que indican los *disices ferri*, alias no conocidos,—y con lanzas arrojadas. No quiero callar que el *disice ferri* puede interpretarse también de otro modo, que sea dejarse llevar en un carruaje del nombre de *disiex*, alias desconocido. Cuál de las dos interpretaciones sea preferible, no lo sé decidir.

Los dos poemas siguientes son epigramas de elegante brevedad: el uno, en dos senarios iámbicos; el otro, en cuatro dímetros iámbicos:

<sup>b</sup> *Dentes aprorum, quos cecidit, Maximus,  
dicat Dianæ, pulchrum virtutis decus.*

<sup>c</sup> *Cervom altifrontum cornua  
dicat Dianæ Tullius,  
quos vicit in parami æquore  
vectus feroci sonipede.*

Ofrece con ellos Tullio á la diosa el botín de la montería, los dientes de los jabalíes y la cornamenta de los ciervos. El *æquor parami*, la paramera, es el ejemplo más antiguo de esta palabra indígena que tenemos.

Además del ara, se encontró junto con ella una plancha de mármol, que se conserva en el Museo Arqueológico Nacional de Madrid. Contiene estos cuatro tetrámetros trocáicos:

<sup>d</sup> *Donat hac pelli, Diana,  
Tullius te Maximus  
rector Aeneadum, gemella*

*legio quis est septima,  
ipse quam detraxit urso  
laude opima præditus.*

Faltan á todos los versos los últimos vocablos; de suerte que, entre los suplementos, la mayor parte ciertos—lo del tercero, *gemella*, es un feliz invento del doctísimo Padre Fita—, uno queda incierto, el del quinto. La piel puede haber sido la de un jabalí ó la de un oso; como la caza de osos en las montañas de Asturias hasta hoy existe, y como pieles de jabalíes nunca han tenido gran precio, me he decidido por la del oso. Los cuatro poemas abundan en reminiscencias de los grandes poetas, sobre todo de Virgilio y Horacio, y, en su conjunto, forman una prueba de la facilidad insigne de versificación que distinguía á su autor, tal vez el mismo Tullio Máximo.

**XXI.** Para concluir mi antología, vuelvo á los dísticos, y transcribo uno encontrado en Tarragona, en donde existe esculpido con mucho esmero, y con letras muy bellas del siglo II, en plancha de mármol blanco, empotrada un día en la pared sobre la puerta de entrada de una casa de huéspedes (*Corpus*, núm. 4.284; Buecheler, núm. 882).

*Si nitidus vivas, eccum domus exornata est;  
si sordes, patior, sed pudet, hospitium.*

Es un juego feliz de palabras, digno de la época de Trajano ó Hadriano: no se reciben en la casa sino personas pulidas y de buena crianza; á otras no se les niega el hospedaje, pero sólo con vergüenza se les acoge.

En el hospedaje de esta antología de los más antiguos poetas líricos de la Península, no hemos recibido, de entre los casi setenta ejemplos que existen, más que veintiuno de los más pulidos; excluir los menos acertados, lo exige la ocasión que celebran. No quiero decir, por supuesto, al titular, como lo he hecho, esta colección de las pocas joyas



poéticas, que se pierden en el océano de miles de inscripciones latinas, en gran parte insignificantes, que todas las poesías aquí reunidas ó algunas de ellas sólo hubieran podido componerse en España y no lo mismo en Italia ó en cualquier otra provincia del Imperio romano. Pero como actualmente son las más antiguas que sabemos escritas en España, no sé si á un lector de juicio sutil, que las compare con cuidado con las semejantes producciones de otros países, no le sea posible observar en ellas ciertas particularidades, un cierto afán de expresarse con agudeza y finura, una facultad notable de variar formas y frases poéticas, que recuerdan cualidades análogas en ciertos poetas españoles de épocas posteriores. Es fácil que en esto me engañe; el extranjero, por cierto, en tales materias tiene poca competencia. El insigne colector é ilustrador de la poesía lírica española tal vez no leerá sin interés, y hasta lo hará con un placer benévolo, estos primeros ensayos de sus paisanos antiguos, los romanos de la Península, en el difícil arte de la versificación, que quizás así, como ya queda dicho, los llamaremos mejor con modestia, en lugar de concederles, por lo menos á todos, el noble título de poesía.

Como la mayor parte de estas poesías fué destinada á ornar las tumbas de queridos difuntos, me pregunto si en el progreso general de la civilización, en este colmo de cultura intelectual de que nos gloriamos los hijos del siglo actual, tenemos en nuestros cementerios lujosos algo de igual ó semejante en número, delicadeza y perfección, á lo acostumbrado entre griegos y romanos hace ya tantos siglos. Parece que el gusto refinado de la poesía helénica que aún resplandece, hasta cierto punto, en los más sencillos de aquellos epitafios romanos, todavía no ha renacido entre los modernos, con muy pocas excepciones. Me acuerdo haber leído en suntuoso sarcófago de mármol, puesto á la memoria de un joven prócer ruso, en el cementerio hermoso de uno de nuestros baños más favorecidos en Alemania, en donde murió muy niño, un verso griego que dice:

La luz que de tí resplandecía era como la  
del lucero de la mañana.

Raro ejemplo de un pensamiento, en verdad poético, usado á tal propósito. De algunos de los epitafios latinos, conservados en España, resplandece un reflejo remoto de la luz con que antes de muchos siglos lucía la poesía griega y romana.